

dos producian admiracion y á todos arrancaban lágrimas la bondad y piedad de aquella muger; la cual, haciendo notar el desaliño de sus ropas y de su cabello, „este estado, dijo, ó padre, y este lastimoso aspecto no es de ahora, ni á él me ha traído la „compasion por Cleombroto; sino que desde tus „aflicciones y tu destierro el llanto ha sido siempre „mi comensal y mi compañero. ¿Y qué es lo que „me corresponde ahora hacer, despues que tú has „vencido y vuelto á reinar en Esparta? ¿continuar „en estos desconsuelos; ó tomar ropas brillantes y „regias, y desentenderme de mi primero y único marido muerto á tus manos? el cual, si nada te suplica ni te persuade por medio de las lágrimas de sus hijos y su muger, todavía sufriria una pena mas „amarga de su indiscrecion que la que tú deseas, con „ver que yo, á quien ama tanto, muero antes que „él. ¿Porque cómo podrá vivir ante las demas mugeres la que nunca pudo alcanzar compassion ni „del marido ni del padre; y que muger é hija parece que no han nacido sino para las desgracias y las „deshonras de los suyos? Y si este pudo tener alguna razon plausible, yo se la quité uniéndome contigo, y dando testimonio contra lo que ejecutaba; „pero tú ahora haces mas disculpable su injusticia, „mostrando que el reinar es tan grande y tan digno „de ser disputado, que por él es justo dar muerte á „los yernos, y no hacer caso de los hijos.”

Despues de haberse lamentado Queilonis de este modo, reclinó su cabeza sobre el hombro de Cleombroto, y volvió sus ojos lánguidos y abatidos con el pesar á los circunstantes. Leonidas habló con los de su partido, y concedió á Cleombroto que se levantara y saliera desterrado; pero rogó á la hija que se quedara, y no abandonase á quien la amaba con tal extremo que acababa de hacerla un favor tan señalado como el de la vida de su marido. Mas no pu-

do moverla; sino que entregando al marido, luego que se hubo levantado, el uno de los hijos, y tomando ella el otro, hizo reverencia al ara del Dios, y se marchó en su compañía: de manera que si Cleombroto no estaba del todo corrompido por la vanagloria, debió tener el destierro por una felicidad mayor que el reino, viendo este rasgo de su muger. Despues de haber desterrado Leonidas á Cleombroto, despojó de su autoridad á los primeros Eforos, y nombrado que hubo otros, al punto se puso en acecho de Agis; y primero trató de persuadirle que saliera de allí y reinara con él: porque los ciudadanos le perdonarian, haciéndose cargo de que como joven y condicioso de fama, habia sido engañado por Aquilao; mas como Agis entrase en sospecha, y permaneciese donde se hallaba, se dejó ya de usar directamente de imposturas y engaños. Anfares, Democares y Arquésilao solian subir á hablarle, y algunas veces, sacándolo del templo, lo llevaban consigo al baño, y luego lo volvian, siendo todos amigos íntimos suyos; pero Anfares, que habia poco habia tomado de Agestrata ropas y vasos de mucho valor prestados, se propuso ver cómo se desharia del Rey y de las reinas madre y abuela para quedarse con ellos, y ademas se dice que este era el mas subordinado á Leonidas, y el que mas acaloraba á los Eforos, siendo uno de ellos.

Agis permanecía constantemente en el templo; pero á veces solia bajar al baño, y allí determinaron prenderle, tomándole fuera del asilo. Observáronle pues al volver del baño, y saliéndole al encuentro, le saludaron y acompañaron, tratando conversacion y usando de chanzas como con un joven que era su amigo. Al camino por donde iban salia una senda oblicua que conducia á la cárcel, y cuando llegaron á ella, Anfares, que por ejercer magistratura iba al lado de Agis: te llevo, le dijo, ó Agis, ante los Efo-

ros para que des razon de tus actos de gobierno; y Democares, hombre forzudo y alto, recogióle la capa al rededor del cuello, tiraba de él. Otros, que de intento se le habian puesto á la espalda, le daban asimismo empujones, y hallándose solo sin que nadie le diera auxilio, le redujeron á la cárcel. Presentóse al punto Leonidas con muchos de los soldados asalariados, y cercó el edificio por la parte de afuera. Acudieron los Eforos, y llamando á la cárcel á aquellos Senadores que pensaban como ellos, para entablar con él una forma de juicio, le mandaron que se defendiese acerca de las disposiciones por él tomadas. Rióse el joven de aquella fingida apariencia, y Anfares le dijo que ya lloraria y pagaria la pena de su atrevimiento; pero otro de los Eforos, mostrándose mas benigno con Agis, é indicándole el efugio de que habia de usar en su defensa, le preguntó si aquellas cosas las habia hecho violentado por Lisandro y Agesilao. Respondió Agis que no habia sido violentado de nadie; sino que emulando é imitando á Licurgo, habia determinado seguir sus huellas en el gobierno. Volvióle á preguntar el mismo si estaba arrepentido de aquellas determinaciones; y como contestase que no era cosa de arrepentirse de providencias tan benéficas, aun quando conocia que le amenazaba el último peligro, le condenaron á muerte, y dieron orden á los ministros para que lo llevaran al calabozo llamado *Caiada*; el qual era un apartamiento de la cárcel, donde ahogaban á los sentenciados para darles muerte. Mas viendo Democares que los ministros no osaban acercarse á Agis, y que del mismo modo los soldados presentes huian, y se retiraban de semejante acto, como que no era justo ni conforme á las leyes, poner manos en la persona del Rey, amenazándolos é increpándolos él mismo, llevó á empujones á Agis al calabozo; porque ya muchos habian oido su prision, y habia á la puerta gran

alboroto y muchas luces, y habian llegado tambien la madre y abuela de Agis, gritando y pidiendo que al Rey de los Esparciatas se le abriera juicio, y se le concedieran defensas ante los ciudadanos. Mas por esto mismo apresuraron su muerte, conociendo que lo librarian aquella noche si concurría mayor gentío.

Al tiempo de ir Agis al suplicio, vió que uno de los ministros lloraba y se mostraba muy afligido, y le dijo: cesa amigo en tu llanto, pues aun muriendo tan injusta é inicuaente me aventajo mucho á los que me quitan la vida; y al decir esto presentó voluntariamente el cuello al cordel. Acercóse en esto Anfares á la puerta, y levantando á Agesistrata, que se habia echado á sus pies, por el conocimiento y amistad; nada violento, le dijo, y que no sea verdadero se hará con Agis, y le propuso que si queria podia entrar adonde estaba el hijo. Pidiéndole esta que entrara tambien con ella su madre, le contestó Anfares que no habia inconveniente; y luego que hubieron entrado ambas, mandando otra vez que cerraran la puerta de la prision entregó al lazo la primera á Arquidamia, ya bastante anciana, y que habia envejecido en la mayor dignidad y honor entre sus conciudadanos. Muerta esta, mandó que pasara adelante Agesistrata; la qual, luego que entró y vió al hijo arrojado en el suelo, y á la madre muerta pendiente del cordel, ella misma la quitó con los ministros, y tendiendo el cadáver al lado de Agis, lo cubrió y colocó tan decentemente como se podia. Abrazóse despues con el hijo, y besándole el rostro, tu demasiada bondad, exclamó, ó hijo mio, tu mansedumbre y tu humildad son las que te han perdido, y á nosotras contigo. Estaba Anfares viendo desde la puerta lo que pasaba, y entrando al oír esta exolamación, dijo con cólera á Agesistrata: pues que eres de la misma opinion que tu hijo, tendrás el mismo castigo; y Age-

sistrata al ser llevada al cordel, no dijo otra cosa sino: ¡ójala que esto sea en bien de Esparta!

Al difundirse en el pueblo la nueva de aquella atrocidad y sacarse de la cárcel los cadáveres, no fue tan grande el miedo que aquella inspiró, que no manifestaran bien claramente los ciudadanos su sentimiento y su odio contra Leonidas y Anfares: no habiéndose visto en Esparta á juicio de todos otro hecho mas cruel é impío desde que los Diorios habitaban el Peloponeso. Porque en un Rey de los Lacedemonios, segun parece, ni aun los enemigos en las batallas ponian fácilmente las manos si con él tropezaban, sino que le dejaban paso, de temor y respeto á su dignidad. Asi en tantas guerras como los Lacedemonios tuvieron con los Griegos, antes del tiempo de Filipo, uno solo murió herido de golpe de lanza, que fue Cleombroto en Leuctras; pues aunque los Mesenios dicen que Teopompo murió á manos de Aristomenes, los Lacedemonios dicen que no fue sino herido; mas en esto hay sus dudas: lo que no la tiene es, que en Lacedemonia Agis fue el primero que murió condenado por los Eforos, varon que habia hecho en Esparta cosas muy laudables y útiles; que se hallaba todavía en aquella edad, en la que si los hombres yerran, hallan pronta y fácil indulgencia; y que si dió motivo de queja, fue mas bien á sus amigos que á sus contrarios, con haber salvado á Leonidas, y haberse fiado de los otros de quienes se fió, por ser demasiado sencillo y benigno.

CLEOMENES.

Muerto Agis, Leonidas anduvo tardo en prender á su hermano Arquidamo, que inmediatamente se puso en huida; pero á su muger, que hacia poco habia dado á luz un niño, la echó de la casa propia, y por fuerza la casó con su hijo Cleomenes, aun-

que todavía no se hallaba enteramente en edad de tomar muger; y es que no queria se adelantara otro á aquel matrimonio, á causa de que Agiatis habia heredado la cuantiosa hacienda de su padre Gilipo, y era en la edad y en la belleza la mas aventajada de las Griegas, y en sus costumbres y conducta sumamente apreciable. Dícese por lo mismo que nada omitió para que no se la hiciera aquella violencia; pero enlazada con Cleomenes, aunque aborrecia á Leonidas, era buena y cariñosa esposa de aquel joven, el cual ademas se habia enamorado de ella, y en cierta manera participaba de la memoria y benevolencia que á Agis conservaba su esposa: tanto que muchas veces le preguntaba sobre aquellos sucesos, y escuchaba con grande atencion la relacion que le hacia de las ideas y proyectos que tenia Agis. Era Cleomenes amante de gloria, de elevado ánimo, y no menos que Agis inclinado por carácter á la templanza y á la modestia; mas no tenia la nimia bondad y mansedumbre de éste, sino que en su ánimo habia una cierta punta de ira, y gran vehemencia para todo lo que reputaba honesto; y si le parecia honestísimo mandar á los que voluntariamente obedecian, tenia á lo menos por bueno el impeler á los que le repugnaban, violentándolos hácia lo mas conveniente.

No podia por tanto agradarle el estado de la república: inclinados los ciudadanos al ocio y al deleite, y desentendiéndose el Rey de todos los negocios, si alguno no le turbaba el reposo y el lujo en que queria vivir. Descuidábanse las cosas públicas; porque cada uno no pensaba sino en el provecho propio; y del egercicio de la templanza, de la tolerancia y de la igualdad entre los jóvenes, ni siquiera era seguro el hablar, habiéndole venido de aqui á Agis su perdicion. Dícese ademas que Cleomenes, de joven, gustó la doctrina de los filósofos, habiendo venido á Lacedemonia Esfero Boristenita, y ocupádose no

sin esmero en la instruccion de aquellos mancebos. Era Esféreo, uno de los primeros discípulos de Cenon Ciciense, y segun parece se prendó mucho del caracter varonil de Cleomenes, y dió calor á su ambicion. Cuéntase que preguntado Leonidas el mayor acerca del concepto en que tenia al poeta Tirteo, respondió que le juzgaba muy bueno para incitar los ánimos de los jóvenes: porque llenos de entusiasmo con sus poesías se arriesgaban sin cuidar de sí mismos en los combates; pues por lo semejante la doctrina Estoica, si para los de ánimo grande y elevado tiene un no sé qué de peligroso y excesivo, cuando se junta con una índole grave y apacible entonces es cuando da su propio fruto.

Quando por la muerte de Leonidas entró á reinar, encontró la república del todo desordenada: porque los ricos dados á sus placeres y codicias miraban con desden los negocios públicos; la muchedumbre, hallándose infeliz y miserable, ni tenia disposicion para la guerra, ni sentia los estímulos de la ambicion para la buena educacion de los hijos; y á él mismo no le habia quedado mas que el nombre de Rey, residiendo todo el poder en los Eforos. Propúsose pues desde luego alterar y mudar aquel estado; y teniendo por amigo íntimo á un tal Genares, que habia sido su amador, á lo que los Lacedemonios llaman ser inspirador¹, empezó á tantearle preguntándole, ¿qué tal Rey habia sido Agis, de qué modo, y por medio de quiénes habia entrado en aquel camino? Genares al principio hacia con gusto memoria de aquellos sucesos, refiriendo y explicando como se habia ejecutado cada cosa; mas cuando observó que Cleomenes se inflamaba al oírle, y se mostraba decidida-

¹ Era muy propia esta frase, porque en Esparta los amadores debian inspirar á los jóvenes todas las virtudes; y especialmente las características de aquella república.

mente inclinado á las novedades de Agis, y que gustaba de que se las relatara muchas veces, le reprendió con enfado, como que estaba fuera de juicio; y por fin se apartó de hablarle de tal negocio y de concurrir á su casa. No descubria sin embargo á nadie la causa de esta separacion, diciendo solamente que el Rey bien la sabia. De este modo Genares empezó á oponerse á sus ideas; y Cleomenes, juzgando que los demás pensarian del mismo modo, solo de sí mismo esperó la egecucion de ellas. Reflexionó despues que en la guerra podria hacerse mejor la mudanza que no en tiempo de paz, y con esta mira indispuso á la república con los Aqueos, que ya habian dado motivos de queja. Porque Arato, que era el que entre estos todo lo mandaba, quiso desde el principio reunir á todos los del Peloponeso en una asociacion; y este era el fin de sus muchas expediciones y de su largo mando, por creer que solo asi se librarian de ser molestados por los enemigos de afuera. Habíansele agregado ya casi todos, faltando solamente los Lacedemonios, los Eleos, y de los Arcades los que á los Lacedemonios estaban unidos; y apenas murió Leonidas, empezó á incomodar á los Arcades, talando sus campos, sobre todo los de aquellos que confinaban con los Aqueos, para tentar á los Lacedemonios, por lo mismo que miraba con desden á Cleomenes como joven sin experiencia.

En consecuencia de esto los Eforos dieron principio por enviar á Cleomenes á que tomara el templo y castillo de Minerva llamado Belbina, punto que viene á ser la entrada de la region Lacónica; y que era entonces objeto de disputa con los Megalopolitanos. Tomólo Cleomenes, y lo fortificó; acerca de lo cual ninguna queja dió Arato, sino que moviendo por la noche con su ejército entró en los términos de los Tegeatas y Orcamenios; pero habiendo mostrado miedo los traidores que le servian de guia,

se retiró, creyendo que aquello quedaria oculto; pero Cleomenes, usando de ironía, le escribió preguntándole como si fueran amigos, ¿adónde habia ido de noche? respondióle que habiéndosele informado de que iba á fortificar á Belbina, bajaba á estorbárselo; y Cleomenes le envió de nuevo á decir que bien lo creia: «Pero si no tienes inconveniente, le añadió, dime para qué iban en pos de tí hachones y escalas?» Echóse Arato á reir con este chiste; y preguntando: ¿qué clase de joven es este? el Lacedemonio Democrates, que se hallaba desterrado, si has de hacer algo contra los Lacedemonios, le respondió, el tiempo es este, antes que le nazcan las presas á este polluelo. En esto, hallándose Cleomenes en la Arcadia con pocos caballos y trescientos infantes, le dieron orden los Eforos de que se retirase, temiendo la guerra; pero no bien se habia retirado cuando Arato tomó á Cafias; y entonces los Eforos volvieron á mandar salir. Tomó á Metudrio, y corrió el pais de Argos; con lo que los Aqueos movieron contra él con veinte mil infantes y mil caballos, mandados por Aristomaco. Salióles al encuentro Cleomenes junto á Palantio; y queriendo darles batalla, temió Arato aquel arrojó, y no permitió al General entrarse en combate; sino que se retiró, improperado de los Aqueos, y escarnecido y despreciado de los Lacedemonios, que no llegaban á cinco mil. Habiendo cobrado Cleomenes con esto grande aliento, trataba de infundirle en sus ciudadanos, y les trajo á la memoria aquel dicho de uno de sus antiguos Reyes: que nunca los Lacedemonios acerca de los enemigos preguntan cuantos son, sino donde estan.

Fue de allí á poco en auxilio de los Eleos, á quienes los Aqueos hacian la guerra; y alcanzando á estos cerca del monte Liceo, cuando ya se retiraban, desordenó y desbarató todo su ejército, dando muerte á muchos, y tomando gran número de

cautivos: habiendo corrido por la Grecia la voz de haber muerto Arato en la batalla; pero este, sacando el mejor partido posible de aquella situación, en seguida de la derrota marchó á Mantinea, cuando nadie lo esperaba; tomó la ciudad, y se aseguró en ella. Decayeron con esto enteramente de ánimo los Lacedemonios; y tenian á raya á Cleomenes en punto á guerra; por lo cual dispuso llamar de Mesena al hermano de Agis Arquidamo, á quien tocaba reinar por la otra casa, esperando que se debilitaria el poder de los Eforos, si la autoridad real se ponía con él en equilibrio estando completa; pero habiéndolo entendido los que antes habian dado muerte á Agis, temerosos de llevar su merecido si Arquidamo volvía, le recibieron en la ciudad, en la que habia entrado de oculto, y aun le acompañaron; pero inmediatamente le quitaron la vida: ó contra la voluntad de Cleomenes, segun siente Eilarco, ó cediendo á los amigos, y abandonando á su odio al mismo que habia hecho venir: porque á ellos fue siempre á quienes aquella atrocidad se atribuyó, pareciendo que habian hecho violencia á Cleomenes.

Determinóse sin embargo á llevar al cabo la mudanza proyectada; para lo que alcanzó con dádivas de los Eforos que le permitieran salir á campaña; y tambien trató de ganar á otros muchos ciudadanos por medio de su madre Gratesiclea, que gastó y obsequió con profusion. Mas es, que no pensando esta en volverse á casar, se dice que á persuasion del hijo tomó por marido á uno de los mas principales en gloria y en poder. Moviendo pues con su ejército, toma á Leuctras en los términos de Megalópolis; y acudiendo pronto contra él el socorro de los Aqueos á las órdenes de Arato, á vista de la misma ciudad fue vencida una parte de su ejército. Mas sucedió que no habiendo permitido Arato que los Aqueos pasasen un barranco profundo, obligándoles á hacer alto en

la persecucion de los enemigos; irritado de ello Lisiadas, Megalopolitano, marchó con la caballería que tenia cerca de sí; y continuando en seguir el alcance, se metió en un terreno lleno de viñas, de acequias y de tapias, de donde desuniéndose la gente con estos estorbos, se retiraba con dificultad. Advirtiéndole Cleomenes, y marchó contra él con los Tarentinos y Cretenses, por los que fue muerto Linadas, aunque se defendió con gran valor. Cobrando con esto grande ánimo los Lacedemonios, acometieron con gritos á los Aqueos, é hicieron retirar á todo su ejército. Habiendo sido grande el número de muertos, todos los demas los entregó Cleomenes en virtud de un tratado; pero en cuanto al cadáver de Lisiadas mandó que se le llevaran; y adornándole con púrpura, y poniéndole una corona, le hizo conducir hasta las mismas puertas de Megalópolis. Este es aquel mismo Lisiadas que abdicó la tiranía, dió libertad á sus conciudadanos, é incorporó á Megalópolis en la liga de los Aqueos.

Cobró con esto mayor ánimo Cleomenes, y estando en la inteligencia de que si hiciera la guerra á los Aqueos obrando en negocios libremente segun su voluntad, fácilmente los venceria; hizo ver al marido de su madre Megistono, que convenia deshacerse de los Eforos; y poniendo en comun las tierras para todos los ciudadanos, restablecer la igualdad en Esparta y despertar á esta, y promoverla al imperio de la Grecia; y persuadido este, previno tambien á otros dos ó tres de sus amigos. Sucedió por aquellos mismos dias, que habiéndose dormido uno de los Eforos en el templo de Pasifae, tuvo un maravilloso ensueño. Parecióle que en el lugar en que los Eforos dan audiencia sentados, habia quedado una sola silla, y las otras cuatro se habian quitado; y que como esto le causase admiracion, salió del centro del templo una voz que dijo ser aquello lo que mas á Esparta convenia. Refirió el Eforo esta vision á Cleomenes;

y este al principio se sobresaltó pensando que esto podia dirigirse á sondearle por alguna sospecha; pero luego que se convenció de que el que hacia la relacion no mentia, se tranquilizó; y tomando consigo á aquellos ciudadanos que le parecia habian de ser mas contrarios á su designio, se apoderó de Herea y Alsea, ciudades sujetas á los Aqueos. Introdujo despues viveres en Orcomene; se acampó junto á Mantinea; y yendo arriba y abajo con continuas y largas marchas, quebrantó de modo á los Lacedemonios, que á petición de ellos mismos dejó la mayor parte en la Arcadia; y conservando consigo á los que servian á sueldo, marchó con ellos á Esparta. En el camino comunicó su proyecto á aquellos que creia serle mas adictos, y hacia su marcha con sosiego y recato para sobrecoger á los Eforos cuando estuviesen en la cena.

Quando estuvo cerca de la ciudad, envió á Eurucleidas al lugar donde tenian los Eforos su cenador, como que iba de su parte á darles alguna noticia relativa al ejército; y Teriquion y Febis, y dos de los que se habian criado con Cleomenes, á los que llaman *Samotraces*, le seguian con unos cuantos soldados. Todavía estaba Eurucleidas haciendo su relacion á los Eforos, quando entrando aquellos con las espadas desenvainadas empezaron á acuchillarlos. El primero con quien tropezaron fue Agesilao, y cayendo al golpe en el suelo, se creyó que habia muerto; mas él, arrastrándose poco á poco, se salió del cenador, y pudo pasar á ocultarse en un edificio muy pequeño que estaba contiguo. Era este el templo del Miedo; y siendo así que ordinariamente estaba cerrado, entonces por casualidad se hallaba abierto: entrándose pues en él cerró la puerta. Los otros cuatro fueron muertos, y con ellos mas de diez de los que se pusieron á defenderlos; pues que no ofendieron á los que se estuvieron quedos, ni detuvieron á los que quisieron

salirse de la ciudad, y aun usaron de indulgencia con Agesilao, que al otro dia salió del templo.

Tienen los Lacedemonios templos, no solo del Miedo, sino de la Muerte, de la Risa y de otros afectos y pasiones; mas si veneran al Miedo, no es como á los Genios que queremos aplacar, teniéndole por nocivo, sino en la persuasión de que la república principalmente se sostiene con el temor; y por esta razon los Eforos al entrar á desempeñar su cargo mandan por pregon, segun dice Aristóteles, que se afeiten el bigote, y observen las leyes, para no encontrarlos indóciles. Y lo del bigote en mi concepto lo comprenden en el pregon para acostumar á los jóvenes á la obediencia aun en las cosas mas pequeñas. En mi dictamen asimismo no creian los antiguos que la fortaleza era falta de miedo, sino mas bien temor del vituperio y miedo de la afrenta; porque los que mas temor tienen á las leyes, son los mas osados contra los enemigos, y sienten menos el padecer y sufrir los que mas temen á que se hable mal de ellos. Asi tuvo mucha razon el que dijo:

Alli está la vergüenza donde el miedo;
y Homero:

Yo os venero y temo, ó caro suegro;
y en otra parte:

Callados y temiendo á sus caudillos.
Porque á los mas les sucede que muestran rubor ante aquellos á quienes temen; y por esta causa habian erigido los Lacedemonios templo al Miedo junto al cenador de los Eforos, habiendo acercado la autoridad de estos muy próximamente á la de un monarca.

Luego que se hizo de dia proscribió Cleómenes á ochenta ciudadanos, que entendió convenia saliesen desterrados, y quitó las sillas de los Eforos, á excepcion de una que dejó para dar él mismo audiencia en ella. Congregó en seguida junta del pueblo, con el objeto de hacer la apología de las disposiciones to-

madras, en la que dijo: que por la institucion de Licurgo á los reyes se asociaban los ancianos, y por largo tiempo estuvo asi gobernada la república, sin que se echase de menos ninguna otra autoridad. Mas adelante, prolongándose demasiado la guerra contra los Mesenios, y no pudiendo los reyes atender á los juicios por estar ocupados en los ejércitos, fueron elegidos algunos de sus amigos, para que quedaran en su lugar y acudieran á ellos los ciudadanos; y estos fueron los que se llamaron Eforos. Al principio no eran mas que unos ministros de los reyes; pero despues poco á poco se atraieron la autoridad, sin que se echara de ver que iban formándose una magistratura propia; de lo que es indicio que aun hoy cuando los Eforos llaman al Rey la primera y segunda vez, se niega á ir; y llamando la tercera, se levanta y acude al llamamiento; y el primero que extendió y dió mas fuerza á esta magistratura, que fue Asteropo, no la ejerció sino muchas edades despues. Y si hubieran usado de ella con moderacion, seria lo mejor sufrirlos; pero habiendo tentado hacer nula la autoridad patria con un poder pegadizo, hasta el punto de proceder contra los mismos reyes, desterrando á unos, dando á otros muerte sin que preceda juicio, y amenazando á todos los que desean ver restablecida la excelente y divina constitucion de Esparta, esto ya es inaguantable. » Y ojalá hubiera sido posible, añadió, desterrar sin sangre las pestes que se han introducido en Lacedemonia; á saber: el regalo, el lujo, las deudas, el logro y otros males mas antiguos todavia que estos, la pobreza y la riqueza; » porque en tal caso me tendria por el mas dichoso de los reyes en curar á la patria sin dolor como los médicos; pero ahora no puedo menos de obtener » perdon, de la necesidad en que me he visto, del mismo Licurgo, que sin ser Rey ni magistrado, » sino un particular que se proponia obrar como Rey,

» se presentó en la plaza con armas; de manera que
 » el Rey Carilao se refugió al templo; mas como
 » fuese justo y amante de la patria, tomó luego par-
 » te en las disposiciones de Licurgo, y admitió la mu-
 » danza del gobierno; pero ello es que el mismo Li-
 » curgo dió con su conducta testimonio de que es di-
 » ficil mudar el gobierno sin violencia y terror; y
 » aun yo he empleado los medios mas suaves y be-
 » nignos que he podido, no haciendo mas que qui-
 » tar los que podian ser estorbo á la salud de Lace-
 » demonia; y en beneficio de todos los demas hago la
 » propuesta de que sea comun todo el territorio; de
 » que se libre á los deudores de sus obligaciones, y
 » de que se haga juicio y discernimiento de los foras-
 » teros, para que hechos Esparciatas los mejores de
 » ellos, salven la república con sus armas, y no vea-
 » mos en adelante con indiferencia que la Laconia
 » sea presa de los Etolios é Ilirios por falta de quien
 » la defiendan.

El fue despues el primero que hizo presentacion
 de sus haberes; y su padrastro Megistono, cada uno
 de sus amigos; y por fin todos los ciudadanos, ha-
 biéndose repartido el territorio. Asignó en esta dis-
 tribucion su suerte á cada uno de los que él mismo
 habia desterrado, y se comprometió á restituirlos
 luego que todo estoviese tranquilo. Llenó el número
 de ciudadanos con los mas apreciables de los colonos,
 formando con ellos una division de cuatro mil infan-
 tes; y habiéndoles enseñado á manejar con ambas
 manos la azcona en lugar de la lanza, y á embrazar
 el escudo por el asa y no por la correa, convirtió su
 cuidado á los ejercicios y educacion de los jóvenes,
 en lo que tuvo por principal auxiliador á Esfero que
 alli se hallaba. Con esto en breve los ejercicios y
 banquetes espartanos se pusieron en el pie convenien-
 te, y unos pocos por necesidad, la mayor parte por
 gusto, se redujeron á aquel método de vida incom-

parable y enteramente Espartano. Con todo para sua-
 vizar el nombre de monarquía, designó para reinar
 con él á su hermano Euclidas; y solo entonces se ve-
 rificó tener los Esparciatas los dos reyes de la una
 de las dos casas.

Habiendo llegado á entender que los Aqueos y
 Arato estaban persuadidos de que no teniendo la ma-
 yor seguridad en sus negocios por las novedades in-
 troducidas no se hallaba en estado de salir fuera de
 la Laconia, ni de dejar pendiente la república en
 tiempo de tales agitaciones, creyó que no careceria
 de grandeza y utilidad el hacer ver á los enemigos la
 excelente disposicion de su ejército. Invadiendo pues
 el territorio de Megalópolis recogió un rico botin,
 y taló gran parte de aquel. Por fin llamando cerca
 de sí á unos farsantes que iban de Mesena, y levan-
 tando un teatro en el pais enemigo, señaló á la re-
 presentacion el precio de cuarenta minas, y asistió á
 ella un día solo; no porque gustase de aquel espectá-
 culo, sino para burlarse en cierto modo de los ene-
 migos, y hacer ostentacion de su gran superioridad;
 manifestando que los miraba con desprecio. Pues por
 lo demas, de todos los ejércitos, ya Griegos y ya
 del Rey, este solo era al que no seguian ni cómicos,
 ni juglares, ni bailarinas, ni cantoras; sino que se
 conservaba puro de toda disolucion y de toda vani-
 dad y aparato: estando por lo comun ejercitados los
 jóvenes, y ocupándose los ancianos en instruirlos;
 y cuando no tenian otra cosa que hacer, pasando to-
 dos el tiempo en sus acostumbrados chistes, y en mo-
 tejarse unos á otros con dichos graciosos y propia-
 mente lacónicos. Ahora, cual sea la utilidad de es-
 ta especie de juego, lo dijimos en la vida de Licurgo.

El era maestro de todos, poniéndoles á la vista
 como un ejemplo de sobriedad su propio tenor de
 vida; en la que nada habia de exquisito, de artifi-
 cioso ó de extraordinario que le distinguiese de los